

## **FORMACION DE LAS FRONTERAS DEL BRASIL: UNA HISTORIA CON FINAL FELIZ**

SYNESIO SAMPAIO GOES FILHO

Ex Embajador de Brasil en Colombia

*Disertación en los "Martes del Planetario", Junio de 1997,  
evento organizado por la Sociedad Geográfica de Colombia*

Bradford Burns, historiador norteamericano, especialista en Brasil, concluye su libro más general sobre el país, publicado en 1970, de manera optimista: la unidad territorial de la gran colonia portuguesa fue mantenida; la nación, compuesta de razas diferentes, se integró; y, lo que interesa particularmente aquí, las fronteras, muy ampliadas en el período colonial, fueron bien negociadas en el Imperio y perfectamente consolidadas en la República, durante el período del Barón de Rio Branco en el Itamaraty (1902 - 1912).

En cuanto al mantenimiento de la unidad y a la ampliación de las fronteras, parece no haber duda sobre la eficiencia de las políticas ejecutadas y los buenos resultados alcanzados; en lo que concierne a la integración racial, hoy ya son más matizadas las opiniones, como veremos a seguir, antes de tratar de los otros dos temas, correlatos y en este trabajo, centrales.

¿Será que se consiguió una convivencia entre blancos, negros e indios a nivel satisfactorio?. ¿No serán las grandes masas pobres del país concentradas en los tugurios de las grandes ciudades o en regiones rurales del Nordeste y compuestas predominantemente de negros o mestizos una prueba de lo contrario?. ¿Dónde están los negros cultos o ricos del Brasil, en número proporcional a su porcentaje en la población?. No faltan, en fin, preguntas de difícil respuesta. Los defensores de tesis favorable a la integración alegan que el prejuicio en el Brasil es mucho más económico-social que propiamente racial; que habría un "blanqueamiento" progresivo conforme se sube en la vida.

La discusión es muy compleja y no es éste su lugar. Solo un punto necesita ser recordado, que tal vez diferencie la posición de las élites intelectuales del Brasil de las de otros países del continente: la influyente obra de Gilberto Freire, "Casa Grande e Senzala", publicada en 1933. Con sólidos argumentos prueba ahí la mezcla racial de los brasileños, ya en parte heredada de los portugueses, el pueblo europeo que más contactos tuvo con Africa. Y, lo que tal vez sea más importante, al contrario de ver el mestizaje como un daño irreparable - como señalaban teorías racistas, predominantes hasta la fecha de publicación de su obra - singulariza la contribución del negro a la formación del "homo brasiliensis", que debería enorgullecerse de la civilización tropical que creó. Varias tesis de Freire, por ejemplo, que el mestizaje es el resultado de una predisposición natural de los portugueses, los mejores colonizadores, según cree, no son hoy aceptadas por la mayoría de los estudiosos; pero el hecho es que su obra fue fundamental para cambiar las ideas que los brasileños tenían sobre su formación racial, valorizando los aportes negros y dando optimismo a la nación mestiza que es el Brasil.

Sobre la unidad nacional, no hay duda de que fue conseguida, al contrario de lo que sucedió con los países vecinos de la América Hispánica. Situaciones del pasado colonial no indicaban necesariamente esa dirección: para no ir muy lejos y hablar de las capitanías hereditarias en que se dividió el país - independientes entre sí originalmente y, después, apenas francamente coordinadas en cuestiones de

seguridad por el Gobierno General instalado en Bahía - basta una ilustración: en el siglo XVIII las posesiones portuguesas en América eran conocidas en Inglaterra como "The Brazil's" en el plural, lo que da bien la idea del aislamiento de los núcleos poblacionales, dispersos en el litoral en su gran mayoría.

Ya después de la Independencia y hasta alrededor de 1850, cuando surgió la navegación a vapor, continuaban muy difíciles las comunicaciones entre Belém y Río de Janeiro, antiguas capitales de los Estados de Maranhão y del Brasil, porque no había camino terrestre - trochas locales que vagamente se comunicaban no son dignas de ese nombre - y las corrientes marítimas y la orientación general de los vientos impedían que los veleros que partieran de la boca del Amazonas llegaran a la Bahía de Guanabara.

Y hay también el caso de Río Grande do Sul, un capítulo aparte en la Historia del Brasil. Tierra disputada a los españoles jesuitas en la Colonia, por dos veces fue fuertemente convulsionada por conflictos bélicos - la Revolución Farroupilha de 1830 a 1839 en el Imperio y la Revolución Federalista de 1890 a 1894 en la República - en los cuales había sectores minoritarios de una de las facciones que llegaron a pensar, más que en autonomía regional, en separatismo. Sin hablar de lo que pensaban algunos líderes de países vecinos, como Artigas y su gran-Uruguay, que incluiría por lo menos la zona misionera riograndense, o Solano López, que se imaginaba jefe de un gran estado entre Brasil y Argentina, que bien podría tener un pedazo del Río Grande.

La Regencia, 1830-1839, fue, entretanto, el período de nuestra Historia en que la unidad nacional estuvo más en riesgo, por las varias revueltas ocurridas, generalmente inspiradas por ideas descentralizadoras o hasta separatistas. Con la mayoría de edad anticipada para los catorce años de nuestro Emperador, se calmaron las agitaciones.

¿Por qué, a pesar de todo, se mantuvo la unidad?. Hay diferentes respuestas, pero seguramente la homogeneidad cultural de las élites políticas del Imperio, tuvo un papel importante; sus intereses económicos, fundados en la agricultura esclavista, también se constituirían en un sólido punto de unión. Y no se deben despreciar, además, las tradiciones unitarias de Portugal, bien centradas en el Brasil independiente en la figura de nuestros dos emperadores, herederos legítimos de los reyes lusitanos.

Ahora las fronteras! Borders and Territorial Disputes, publicado en los Estados Unidos, en 1892, es un importante depositario de los conflictos territoriales entonces existentes en el mundo. Se encuentran allí estudiados once problemas fronterizos de América del Sur, que involucran, con una excepción, todos los países del subcontinente. No se menciona Brasil, que tiene fronteras con diez vecinos, en una extensión de 16,5 millones de kilómetros y no tiene problema con ninguno. No hay ningún otro país de la región que haya conseguido esa proeza, la cual ciertamente tuvo el efecto de liberar energías nacionales hacia otras direcciones.

La formación de las fronteras brasileñas en el período colonial puede ser imaginada como un diálogo entre bandeirante y diplomático. Uno ocupaba un territorio que, en la práctica, no tenía dueño; otro legalizaba la penetración a través de un tratado. Ambos servían al Estado. El diplomático es su más típico representante; si la acción del bandeirante no siempre fue de inspiración estatal fueron motivos económicos privados el principal estímulo de la mayoría de las excursiones. El hecho es que las consecuencias de ésta atendieron a fines políticos. El "uti possidetis", fue el principio básico de las grandes negociaciones coloniales y continuó siendo de importancia para la diplomacia del Brasil independiente. Con la teoría y un grupo de diplomáticos de escuela, cuya práctica era seguida personalmente por Don Pedro II, se consiguieron resultados notables en el Imperio. En la República esta tradición continuó y el Barón de Rio Branco, Ministro de 1902 a 1912, es el nombre que se liga a la consolidación de nuestras fronteras.

Observando el pasado casi 500 años, se puede afirmar que siempre hubo soluciones satisfactorias para los conflictos territoriales que se fueron creando con el correr del tiempo. Tordesillas, antes del descubrimiento del Brasil; Madrid y San Ildefonso, en la Colonia; los tratados de límites del Imperio; y los arbitramientos y los acuerdos de la época de Rio Branco, son marcos perennes de una larga jornada exitosa. Nunca hubo derrotas debilitantes, nunca se sufrieron traumas que no se pudieran asimilar.

Entre los demás países latinoamericanos las cosas no sucedieron así. Todos, sin excepción, se juzgan perjudicados por ajustes de fronteras que pactaron, entre sí o con Brasil. La sensación de pérdida, ya vimos, viene desde antes, de este Tordesillas, que - "inicia la serie no interrumpida de éxitos de la habilidad portuguesa contra el quijotismo español", pero se acentúa después de Madrid, donde - en el lenguaje fuerte de un historiador paraguayo - "triunfó la astucia portuguesa sobre la torpeza y venalidad de los diplomáticos españoles".

La tesis de la "habilidad" o astucia versus el "quijotismo" o torpeza, aunque corriente entre historiadores hispanoamericanos, está lejos de ser probada. ¿Será que los portugueses fueron más competentes o más astutos?. ¿Será que los españoles fueron, como se dice en otra versión de la misma tesis, por ellos engañados?. Es verdad que al estudiarse las sucesivas victorias diplomáticas portuguesas y después brasileñas se podría pensar en una superior actuación de una de las partes o en una posición negociadora fuerte. Esa impresión necesita, sin embargo, ser corregida, pues aísla indebidamente América del Sur, una región del tablero universal de los intereses de las potencias coloniales. En las palabras de Sergio Buarque de Holanda: "La comedia de errores parte de la presunción de que sería posible destacar el continente americano de un contexto global donde las pérdidas y las ganancias se distribuyen más equitativamente entre las dos coronas ibéricas. Si, para usar la expresión consagrada, hubo retroceso del meridiano en el Oriente [la ocupación española de las Filipinas], nada más plausible que pleitear otro retroceso en favor de los que se creían sacrificados por los primeros". Ya en los conflictos territoriales ocurridos después de la Independencia, la verdad es que el Brasil siempre puede presentar hechos y argumentos por lo menos tan válidos como los de la otra parte: las victorias, arbitrales, completas en dos casos y parcial en el tercero, son un buen indicativo de eso.

En los libros de Historia de las naciones iberoamericanas, sobre todo en aquellos que reflejan más directamente sectores del pensamiento "nacionalista", son frecuentes trechos de amargura y hasta revuelta en cuanto al destino dado a partes del territorio nacional, como éste "La fatalidad ha querido convertir a uno de los países más generosos del mundo en el Prometeo encadenado de América; a quien poco a poco han ido desgarrando su territorio por culpa de algunos de sus hijos, quienes, por temor, falta de idoneidad, el exceso de buena fe, u otras circunstancias han entregado un patrimonio que ya pertenecía a otras generaciones". El autor no es un boliviano, ni un ecuatoriano, ni un mexicano, como, recordando la historia del desmembramiento de esos países, tal vez pudiera pensar; es un venezolano, profesor de los cursos de Estado-Mayor de su país.

En el Brasil no se encontrarían textos equivalentes. Comparando con nuestros vecinos suramericanos, podemos considerar con Burns que tenemos realmente lo que se podría considerar una experiencia histórica positiva: se preservó la unidad, se amalgamaron, de alguna forma, las razas y, éste el tema tratado, se amplió el territorio. La diplomacia luso-brasileña tuvo aquí su parte de mérito: Alexandre de Gusmão, en la Colonia, Duarte da Ponte Ribeiro, en el Imperio y Rio Branco en la República, son ejemplos de grandes servidores del Estado que, como su conocimiento profundo de los problemas fronterizos, con su evaluación correcta de la realidad internacional de la época, mucho contribuyeron para que, en las encrucijadas de la Historia, se encontraran los mejores caminos.

